

EL PERFUME

Nunca me había pasado; nunca mi mente había creado el aroma de otra persona. Seguramente porque nunca antes me había interesado así un hombre. Caminaba por la ciudad y, a veces, sin yo quererlo, mi cabeza fabricaba su perfume; un perfume sutil y mórbido. El perfume solía llegar a mí cuando pensaba intensamente en él. A veces venía, pero otras no. Al principio me sorprendía esa capacidad recientemente descubierta: la de crear su perfume, que era lo mismo que crear una imagen de hombre, un ideal platónico a través de los sentidos. Mis extrañas neuronas desarrollaron esa habilidad precisamente porque vivían su ausencia. Su perfume era una huella de su ser que mi cerebro había registrado en aquel tiempo pasado. Y ahora venía a mí ese aroma sutil y mórbido como una serpiente arrastrándose por el aire hasta mis fosas nasales, como una serpiente dispuesta a morderme e hincar su veneno en mi corazón.